CAPITULO XVIII.

Los baños de Caracalla.

Difícil es formarse una idea de la consternacion que reinaba en Roma el dia 15 de Febrero, es decir, el siguiente al en que tuvo lugar la tragica muerte del cardenal Procorpio y sus dos cómplices. Cuando el pueblo vió los tres cadáveres suspendidos en una ventana del edificio, apoderóse de todos una agitacion y un pánico indescriptibles, y fué preciso rodear inmediatamente el palacio Corsini con un batallon de tropas estranjeras para dispersar los numerosos grupos que iban aumentando á cada momento. No se pudo impedir sin embargo que la multitud, y sobre todo el pueblo bajo, se permitiera algunos epígramas burlescos y emitiera en alta voz sus opiniones cuando subieron algunos hombres al palacio para descolgar los tres cadáveres, que en vez de compasion, escitaban la hilaridad de una gran parte del pueblo.

—Tiradlos de cabeza, exclamaba uno, así acabareis antes.

—No solteis la cuerda de pronto, decia otro, que se van á lastimar.

Precisamente cuando se acababan de oir estas palabras, sucedió casualmente que la cuerda que sujetaba el cadáver del cardenal Procorpio, se rompió al tratar los soldados de izar el cuerpo, el cual cayó pesadamente á la calle, y entonces levantóse una tempestad de silbidos y de gritos, que atronaron la ciudad de uno á otro extremo.

Muzio que estaba entre la multitud, acompañado de Silvio, se volvió entonces á su compañero y le dijo estremeciéndose:

—Vámonos de aquí, amigo mio, despues de tomada la venganza, me hacen daño estas burlas.

—Debemos tener paciencia, replicó Silvio; pensad que cuando el hombre se vé reducido á la esclavitud se asemeja á un animal, y por lo tanto, no es de extrañar lo que vemos. Los mismos prelados son la causa principal de que este pueblo se haya embrutecido, y no debe condenársele si ahora se muestra cruel.

Los dos amigos se retiraron poco despues y al separarse quedaron citados para verse en el estudio de Attilio al fin de la semana.

En efecto, el sábado por la mañana, Silvio y Muzio se reunieron en casa del jóven artista, á quien dieron cuenta de lo que habian visto cuando se procedió á descolgar los cadáveres de la ventana del palacio Corsini. Ya era llegado el momento de reunirse todos los conjurados en los baños de Caracalla, pero antes de ponerse en marcha, Attilio aconsejó á sus amigos que descansáran algunas horas.

Antes de terminar este capítulo, creemos necesario dar algunos detalles topográficos del lugar donde iban á reunirse los trescientos conspiradores que habian prometido auxiliar al jóven Attilio en todas sus empresas.

Dueños del mundo, é inmensamente ricos, los antiguos romanos vivian, durante los últimos dias de la república, entre el lujo y los placeres, y embriagados con sus numerosos triunfos, arrin-

conaron sus armas, la agricultura quedó abandonada, y no quisieron ya dedicarse á los rudos trabajos á que debian su opulencia y su poderio. Aquellos hombres tan fuertes y tan robustos en otro tiempo, comenzaron á degenerar rápidamente; entregáronse á la crápula; llegó un momento en que ya no tuvieron fuerza suficiente para llevar sus armas, y sus enemigos que observaban atentamente este cambio, aprovecharon la primera oportunidad para caer sobre la ciudad imperial, despojarla de su diadema, y apoderarse de todas sus riquezas.

Tal fué el destino de aquel imperio gigantesco, que cayó como deben caer todas las potencias que se elevaron por la violencia y la injusticia.

Una de las cosas en que mas dinero gastaban los romanos degenerados, era en la construccion de edificios para baños, la cual absorvia inmensas sumas, porque se trataba siempre de montarlos con el mayor lujo y esplendidez. Algunas casas de baños eran particulares y otras públicas, y los emperadores habian mostrado siempre un especial empeño en enriquecerlas, convirtiéndolas en un verdadero sitio de recreo. Caracalla, el indigno hijo de Severo, uno de los hombres mas miserables de la familia de los Césares, fué el que mandó construir la magnífica casa de baños que lleva su nombre, y las ruinas de ese edificio, revelan aun la esplendidez de la estinguida soberanía. Es de advertir aquí que la mayor parte de dichos establecimientos tenian galerías subterráneas, que se mandaron construir por los primitivos dueños para tener por donde escapar en caso de peligro, ó para ocultar á veces inmensos tesoros, fruto de la rapiña ó de la violencia. En una de esas galerías, que comunicaban con los baños de Caracalla, era á donde iban á reunirse los trescientos conjurados, aprovechando la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO XIX.

El traidor.

La fuga de Manlio y la ejecucion del cardenal, fueron un golpe contundente para el gobierno de Roma, que pareció entónces despertar de su letargo. Todas las tropas estranjeras y del país se pusieron sobre las armas; la policía comenzó á prender ciudadanos de todas las clases, sin tener á veces la mas leve sospecha, y de este modo las cárceles no pudieron contener bien pronto el escesivo número de prisioneros.

Uno de los trescientos conjurados, vergonzoso es decirlo, habia aceptado las proposiciones que se le habian hecho para convertirse en espía de sus compañeros, pero precisamente, no era uno de aquellos hombres escogidos que tomaron parte en el ataque de la prision del Quirinal, ó la sorpresa del palacio Corsini, si bien podia hacer mucho daño, dando parte á la policía de la reunion que iba á tener lugar en los baños de Caracalla.

Ahora bien, los conspiradores italianos suelen tener siempre una contra policía, y la de los amigos de Attilio estaba á las órdenes de Muzio.

Su aire de *lazaroni* y su desenvoltura, inspiraban confianza y simpatía al mismo tiempo, y merced á esta circunstancia, conseguia que le hicieran ciertas confidencias los que servian á los prelados, pues como es notorio, en Roma se utiliza para espías á los que piden limosna por las calles y plazas de la ciudad.

Sin embargo, aquella vez no obtuvo el jóven informes exactos, y ya el último conspirador habia entrado en la galería subterránea, y preguntaba á Attilio si todos los centinelas estaban en sus puestos, cuando de pronto resonó en la bóveda un agudo silvido.

Aquella era la señal de alarma de Muzio, y pocos momentos despues se presentó este esclamando:

—No hay tiempo que perder; estamos cercados de una parte por una numerosa fuerza, y por la salida del Sur hay otra que está tomando ahora sus posiciones.

El peligro era eminente, mas aquellos valerosos jóvenes, lejos de temblar, parecieron dispuestos á dar una prueba de su resolucion y energía.

Attilio paseó su mirada sobre aquellos bravos, y ordenó á Silvio que marchase con dos hombres á practicar un reconocimiento,

En aquel instante llegó un centinela y confirmó la noticia que habia dado Muzio.

Como los centinelas de los demás puntos no se presentaban, los conspiradores temieron que hubiesen caido en poder de sus enemigos, y ya empezaba á inquietarse el jóven jefe, cuando volvió Silvio anunciando que los habia visto en una de las salidas. En efecto, á los pocos momentos se les vió llegar, y manifestaron á Attilio que se estaban reuniendo numerosas tropas, y que al tratar de acercarse algunos ginetes, les habian disparado varios tiros.

Viendo Attilio que no se podia perder un momento, dispuso que Muzio se lanzara fuera con una tercera parte de la compañía, él se encargó de otra, y á Silvio se le confió la retaguardia.

—Ha llegado el momento de obrar, y esto con mucha energía; no se ha de mirar el número de nuestros enemigos; es preciso abrirnos camino á toda costa.

Así diciendo, encargó á Muzio que saliese con un destacamento de veinte hombres para cargar al enemigo, prometiendo que le seguiria de cerca para apoyarle.

Muzio formó su gente, se rodeó la capa al brazo, y empuñando su daga con mano segura, dió la órden de avanzar.

A los pocos momentos, vióse salir una multitud de hombres furiosos de las galerías subterráneas; el primer grupo de los conspiradores cayó como un torrente sobre los soldados del Papa antes de que estos tuvieran tiempo de pensar en la defensa, y tal fué el desórden que se introdujo, y el pánico que se apoderó de las tropas, por creer que les atacaban fuerzas mas numerosas que las suyas, que se pronunciaron en vergonzosa retirada de tal modo, que Campo Vaccino y las calles de Roma, se llenaron á poco de fugitivos, á quienes perseguian los mismos que debian quedar prisioneros.

Los bravos campeones de la libertad romana, satisfechos con haber derrotado completamente á los mercenarios de Su Santidad, se dispersaron y volvieron á sus respectivas casas.

Entre los cadáveres que se encontraron á la mañana siguiente cerca de los baños, hallábase el de un jóven que apenas tenia pelo de barba; estaba tendido boca arriba, y en su pecho veiase un papel en el que aparecia escrita con grandes caractéres la palabra *traidor*. El papel estaba sujeto con una daga que se habia clavado hasta la empuñadura. Uno de los trescientos conspiradores que reconoció al espía, castigó en el acto su traicion.

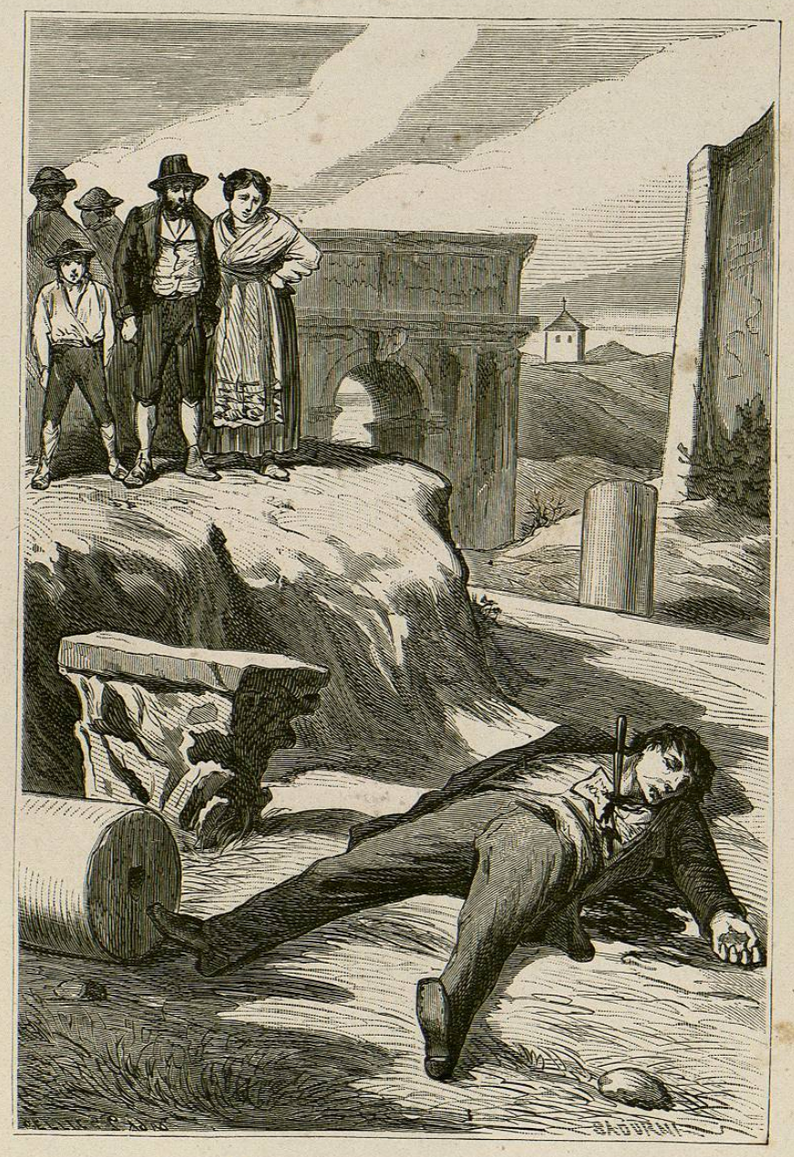
Aquel desgraciado se llamaba Paolo, y pocos dias antes de reunirse los conjurados en los baños de Caracalla, tuvo la des-

gracia de enamorarse de la hija de un sacerdote, que cual otra Dalila, le vendió miserablemente, declarando á su padre que el jóven habia tomado parte en una conspiracion secreta. Para salvar su vida consintió el pobre Paolo en servir al prelado como espía, y ya hemos visto cual fué su desgraciado fin.

En aquella ocasion se demostró lo que vale tener por jefe un hombre tan intrépido como Attilio, pues merced á sus acertadas disposiciones y á su valor, no solo se venció sino que se dispersó á las tropas mercenarias del Gobierno.

Si el valor es una cualidad inestimable, en cambio el miedo es un mal contagioso; yo he visto ejércitos enteros que se habian batido con valor en repetidas ocasiones, dejarse dominar por el pánico y emprender precipitadamente la fuga en medio del dia al oir el grito de *sálvese el que pueda, ¡la caballería, ¡el enemigo*,! y á veces han bastado algunos tiros para que se dispersaran tropas, que con calma y serenidad hubieran podido batirse y vencer á sus enemigos.

El miedo es una cosa degradante y hasta vergonzosa, y yo creo que las naciones meridionales de Europa son mas propensas á él que las del Norte, pero nunca quisiera ver á un ejército de Italia sucumbir á esa especie de desmayo repentino que *mata al hombre*, aunque parezca que salva su vida.



= ... estaba tendido boca arriba y en su pecho veíase un papel.